

algunas veces caer en el abismo ; sacudir el yugo , y perder la fé ; despues de haber perdido la verguenza y la inocencia. Y si los intereses de la Iglesia , y los de vuestra salvacion , no son suficientes para inspiraros horror á un abuso tan deplorable y tan barbaro , á lo menos deteneos por vuestros propios intereses , por el cuidado de vuestra fama , y la de vuestro nombre , y aprended de un Principe tan religioso , particularmente en la eleccion de los sugetos que colóca en el Santuario , á quien mueven tampoco el nombre , los titulos , el nacimiento , los servicios hechos al Estado , ni qualquiera otro genero de merito , si no está acompañado con la doctrina , con los talentos , y con la piedad , y que cuida tanto de no dar á la Iglesia ministros , que ella desprecia , y que no se entregan por sí mismos.

Estas son las instrucciones que descubre la fé en este Misterio. Consagremonos , pues , hoy al Señor con Jesu-Christo , pero consagremonos del todo. Estas ofrendas defectuosas , y estas conversiones imperfectas , forman algunas veces un estado más peligroso que el mismo delito. Corrépondamos con fidelidad , como Maria , á los fines de Dios para con nosotros ; mantengamonos como ella en el camino en que nos ha puesto la gracia ; nunca impidamos con injustos deseos , disimulados con pretextos santos , los fines de la Providencia en orden á nuestro destino. Vivamos bajo la mano de Dios , y unamos al sacrificio de nuestro corazon aquella fidelidad que continuamente le renueva , que le estiende á todo lo que Dios nos pide , y que conserva hasta el fin el tesoro de la justicia , para hallar la consumacion en el cielo. Amen.

SERMON
PARA LA FIESTA
DE LA ENCARNACION.

*Loquimur Dei sapientiam in mysterio, quæ
abscondita est, quam nemo principum
hujus seculi cognovit.*

Anunciamos la Sabiduria de Dios , oculta en su Misterio , la que no ha conocido ninguno de los principes de este mundo. 1. Cor. 2. v. 7. & 8.

EL que los caminos de Dios son por lo común distintos de los del hombre , y el que la eterna Sabiduria en sus designios se agrada siempre de confundir las vanas preocupaciones de la ciencia humana , se vé principalmente en el Misterio que hoy reverencia la Iglesia. Sí , Católicos , un Dios que descende de su gloria por elevarnos á ella , que se carga de nuestras enfermedades y trabajos por aliviarnos , que se une al hombre por reconciliar al hombre con Dios , ha sido en todos tiempos , ó escandalo , ó locura para la prudencia de la carne ; y aún hoy la Sabiduria.

duría de Dios, en este Mysterio, es absolutamente incognita para el siglo: *Loquimur Dei sapientiam in mysterio, que abscondita est, quam nemo principum hujus seculi cognovit.* A la verdad, el mundo no conoce mas verdadera grandeza, que aquella que se manifiesta á los sentidos: el mundo no tiene por verdadero honor, sino el vivir entre los placeres y abundancia: el mundo cree haberle tocado por herencia la razon, y llama siempre al juicio de sus propias luces las obras del Señor.

Sobre estos tres errores estrivaba toda la ciencia de los hombres antes de que el Altísimo se dignase de visitarlos con su misericordia. Los Judios solo suspiraban por la gloria y grandeza temporal de un Mesías carnal, que habia de subyugar todos los Imperios, y hacer á todas las Naciones tributarias de Jerusalem: los Philosophos solo esperaban el remedio de sus males de los vanos esfuerzos de una razon enferma: los principes, los potentados, y el pueblo, buscaban en los deleytes de los sentidos lo que no habia püesto en ellos el Autor de la naturaleza, y una felicidad indigna del hombre: y este mismo es aún el deplorable estado del mundo despues del cumplimiento del gran Mysterio de piedad.

Hoy, pues, intento manifestar como la Sabiduría de Dios, oculta en este Mysterio, confunde estos tres principales errores, en que consiste propiamente toda la ciencia humana. Primeramente, el Verbo en él se anonada, y con este anonadarse nos enseña que el hombre no puede amar la elevacion sin injusticia. En segundo lugar, el Verbo se carga en él de nuestros dolores y trabajos, y este ministerio nos descubre que no puede ya el hombre amar los deleytes sin pecado. Finalmente; en él se une el Verbo á nuestra carne, y proponiendonos esta union incomprehensible como el objeto de nuestro culto, y el unico alivio de nuestros

ma-

males, nos enseña que ya no puede el hombre contar con su razon sin temeridad. Un Dios anonadado ensalza la humildad; un Dios cargado de nuestros dolores hace amables los trabajos; un Dios unido al hombre hace callar la razon, y aún hace razonable la fé. Manifestemos estas tres verdades, pues en ellas se encierra toda la doctrina del gran Mysterio de misericordia. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

LA soberbia ha sido en todo tiempo la herida mas peligrosa del hombre. Como nació para ser grande y Señor de todas las criaturas, ha conservado siempre en su interior estas primeras impresiones de su origen. Hallando continuamente en su corazon no sé que secretos dictámenes de su propia excelencia, que no le borró del todo su caída: se entregó desde el principio á tan lisongeras inclinaciones; solo intentó irse elevando de grado en grado, y no hallando acá en la tierra nada que pudiese satisfacer la grandeza de una alma que solo habia sido criada para reynar con su Dios, subió mas arriba de las nubes, y se colocó al lado del Altísimo. De aquí provino hacer el hombre que se le tributasen honores divinos. El hombre se rindió al hombre mismo, y el Universo adoró como á sus autores á unos insensatos, á quienes habia visto nacer, y que habian venido muchos siglos despues que él.

No obstante, el hombre despues de la culpa no es mas que un vil esclavo. Todo lo que le ensalza le saca de su estado natural, pues el honor solamente es debido á la inocencia, y al vicio solo le corresponde el desprecio: y si aún le queda alguna esperanza de recobrar su primera grandeza, solo puede ser confesando su bajeza con humildad.

K 2

Pe-

¿ Pero cómo podría el mundo persuadirse á una verdad tan nueva , desautorizada con la doctrina de todas las sectas , con la preocupacion de todas las naciones , y con los mas vivos sentimientos del corazon humano ? Confieso que los justos de los antiguos tiempos , que precedieron la venida del Salvador , dejaron grandes exemplos á los hombres . ¿ Qué es el hombre , ó Dios mio , exclamaba un santo Rey , para que os digneis de bajaros hasta él y visitarle ? ¿ Os habeis olvidado de que yo en vuestra presencia soy como una bestia sin razon , y que la nada es el único apoyo en que estriban mis fuerzas ?

Peró estas solo eran instrucciones , y el hombre necesitaba de remedios . Estos modelos eran insuficientes : los hombres no podian inspirar el amor de una virtud que ellos no amaban ; pues un culpado que se humilla puede hacer que se aborrezcan sus delitos , pero no que se amen sus humillaciones ; tenia , pues , la miseria humana necesidad de un exemplo , que al mismo tiempo fuese su remedio . Era necesario instruirla y curarla juntamente ; y este , Católicos , es el gran Mysterio que hoy obra la Sabiduría de Dios en Nazareth en el seno de Maria , despues de la esperanza de tantos siglos , de los deseos de tantos Justos , y de los oráculos de tantos Profetas .

Permitidme , pues , que para sacar de este adorable Mysterio las importantes instrucciones que en él ha escondido la divina Sabiduría , os advierta quales son los principales caracteres de la soberbia humana , y la oposicion que tienen con aquel anonadarse del Hijo de Dios en su union con nuestra naturaleza .

El primer caracter de la soberbia es aquel error que nos hace salir , por decirlo asi , de nosotros mismos , y que para ocultarnos aquel interior y humilde dictamen de nuestra miseria , busquemos para nosotros mismos con gusto en las cosas que están fuera de nosotros , en las riquezas , en los titulos , en las dignidades , en la reputacion , y en el lustre del nacimiento , una gloria , cuyo ori-

origen solo debiera estar dentro de nosotros mismos .

Las circunstancias exteriores , Católicos , de la Encarnacion del Verbo corrigen en los hombres este primer error . A la verdad , ¿ no parecia que un Mysterio , cuyas figuras habian sido tan pomposas , los preparativos tan augustos , las promesas tan magnificas , y las sombras , por decirlo asi , tan brillantes , debiera haberse cumplido en la plenitud de los tiempos , aún con mas resplandor que aquel con que habia sido prometido ; y que pues unas señales tan ilustrés habian anunciado tantos siglos antes á los hombres que el Altisimo habia de visitarlos , debia ser acompañada su venida de tanta gloria y magestad que no pudiera equivocarse ?

Con todo eso no hay cosa mas oculta á los ojos de los sentidos que lo que hoy pasa en Nazareth . La Santa doncella , preferida á todas las demás doncellas de Judá , y en cuyo seno se obra el inefable secreto del abatimiento de un Dios , nada tiene que la distinga en su Tribu , sino su pudor y su inocencia . El resplandor de la sangre que tiene de David está obscurecido con la baja de su fortuna . Su obscuridad ha hecho que casi se ignore su origen . No se abren los cielos como en otro tiempo sobre el Monte Synai , para disponer caminos de luz al Dios que baja á la tierra . No le rodean los Angeles para anunciar á los hombres su venida con el ruido de relámpagos y trompetas : no resuenan las montañas : no bajan nubes de gloria para llover al Justo : ni aún la casa de Maria tiembla , como otro Cenaculo , para significar el santo horror con que está sobrecogida con la presencia del Dios que en sí recibe . Un solo ministro del cielo , invisible á todos los hombres , se aparece á Maria en el silencio , bajo la simplicidad de una humana forma , como para honrar en sí mismo , ocultando su gloria , la humildad del Dios de quien es ministro . Nazareth , ciudad la mas despreciable de Judá , y de la que era fama pública que nada podia salir que hiciese honor á

Judea: Nazareth, vuelvo á decir, en donde se consuma este Mysterio, le ignora del mismo modo que Jerusalém. Aún el mismo Joseph no sabe el secreto de la embajada celestial, y solo el rincón en que está oculta Maria es el confidente de un prodigio en que tanto se interesa el mundo entero. En los demás Mysterios los abatimientos del Verbo están mezclados con resplandor y grandeza; en este, todo es obscuro, nada habla á los sentidos, porque en él el fin de la divina Sabiduría es corregir los errores, y substituir los nuevos caminos de la fé á las antiguas ilusiones de la humana sabiduría.

A la verdad, Católicos, que hasta entonces habian creído los hombres que las prosperidades temporales eran favores del cielo, la reputacion un bien sólido, y los grandes talentos los mas dichosos beneficios de un Dios favorable; que las distinciones de puesto y de nacimiento tenían un verdadero resplandor: y no eran indignas de los cuidados y estimacion de los hombres: pero en este Mysterio la Sabiduría de Dios nos descubre un nuevo orden de cosas: pone presente á nuestra vista un mundo en todo nuevo y espiritual, nuevos bienes, nuevos honores, y nueva gloria, y reformando nuestros juicios nos enseña que la inocencia y la virtud son las unicas riquezas del hombre; que todo el merito del alma fiel está oculto en su corazón; que un solo grado de caridad ensalza mas á un Christiano, que el Imperio del mundo entero; que la paciencia, la humildad, y benignidad son los mayores talentos de un discipulo de Jesu-Christo; que el vencerse á sí mismo á la vista de solo Dios es una gloria mas sólida y mas inmortal que la conquista de las provincias y reynos; y finalmente, que nuestra grandeza exterior no es mas que una fantasma que nos burla; y que solo es grande el que es Santo.

Ahora bien, Católicos, ¿no se ignora todavia en el mundo esta sabiduría? *Dei sapientiam quam nemo prin-*
ci-

cipum hujus seculi cognovit. ¿En donde están los que miran con ojos Christianos el vano espectáculo de la gloria humana, y que guardan toda su admiracion para los dones de la gracia, y para el merito de la santidad? ¿Quién se grangea antes nuestros respetos, ó un ambicioso que á la frente de un pueblo de hombres armados consigue victorias, y llena al Universo del ruido de su nombre y de su vanidad, ó un justo acompañado solamente de su inocencia, que sabe sufrir una injuria, sostener una humillacion, ahogar un sentimiento, y que sabe pelear y vencer para el cielo? ¿Por qué caminos intentamos distinguirnos nosotros mismos de nuestros proximos? ¿Es acaso por medio de una caridad mas viva, de una fé mas abundante, de una conciencia mas pura, de una fidelidad mas inviolable á todas nuestras obligaciones? ¡Oh! Nos gloriamos de un nacimiento ilustre, como si la gloria de nuestros antepasados fuera nuestra, y no fuera para nosotros oprobrio y bajeza, quando solamente conservamos su nombre sin sus virtudes. Contamos nuestros titulos y nuestras hazañas militares, como gloriosas prerogativas que nos ensalzan sobre los demás hombres, y no vemos que la casualidad, el favor, la temeridad, la coyuntura han tenido mas parte en estos honores que la obligacion y la virtud. Nos adornamos con las eminentes dignidades que nos distinguen en nuestro pueblo, y no conocemos que los mayores puestos son los mayores escollos, que aumentan nuestras obligaciones sin aumentar nuestro merito. Nos gloriamos de la superioridad de nuestras luces y de nuestros talentos, é ignoramos que el mas vasto conocimiento del espíritu humano es una luz pueril si se limita á las cosas presentes, y nos hace perder de vista las eternas. Sí, Católicos, las grandezas y distinciones de la gracia y de la fé á nadie mueven. Miramos lo eterno como si no existiera. ¿Pero qué le importa al Christiano ser desconocido, ó brillar á vista de los hombres, pues
en

en la realidad no es otra cosa mas de lo que es en la presencia de Dios? La fé nos despoja de todo lo que nos es exterior, y solamente vé en nosotros á nosotros mismos.

El segundo carácter de la humana soberbia es aquella flaqueza que en nada tiene el merito, aún de la misma virtud, mientras está oculto; y solo aborrece en el vicio la confusion y el oprobrio: como si el vicio, y la virtud no fueran mas que opiniones, y solo pudiera el hombre ser grande, ó despreciable en la idea de los demás hombres.

El haberse, pues, anonadado el Verbo en este Misterio, confunde esta vana atencion á los juicios humanos; y á la verdad, el Hijo de Dios no baja á la tierra sino para glorificar á su Padre, y volver á tomar en los corazones de los hombres los honores que le habian usurpado las criaturas. Este intento pedia al parecer, que se les manifestase con toda su gloria resplandeciente como en el Tabór, y que se dejase ver tan glorioso, y tan digno de sus respetos como se dejó ver entonces á sus discipulos encantados con la dulzura de este espectáculo. Entonces sí que se lo hubiera llevado todo tras de sí, y la incredula Jerusalém no hubiera visto á sus ciudadanos dividirse acerca de la verdad de sus prodigios, y de la santidad de su Doctrina y ministerio.

Con todo eso, no quiere que el resplandor y magestad sea quien triunfe de nuestros corazones, sino la humildad y los oprobrios. Oculta todo lo que es en sí. No dá á nadie su gloria, sino que, digamoslo así, se la quita á sí mismo. Nada de quanto tenía de grande en el seno de su Padre le acompaña á la vista de los sentidos en el seno de Maria. Su poder se muda en flaqueza; su infinita Sabiduría no es mas que una razon que empieza á manifestarse; su inmensidad parece estar encerrada en los limites de un cuerpo mortal; la Imagen de la substancia del Padre está oculta bajo la vil forma

de

de esclavos; su eterno origen empieza á contar tiempos y momentos. Finalmente, aparece anonadado en todos sus titulos.

De este modo, luego que se manifieste en Judéa, le disputará la incredulidad la suprema autoridad de su Sacerdocio. ¿Quién es este, dirán, que viene á perdonar los pecados? (a) El temor de las potencias de la tierra hará que reusen el conocerle por Rey, y le harán pagar el tributo como á un esclavo; la prudencia de la carne tendrá por locura su divina Sabiduría; sus mismos parientes le mirarán como á un insensato: *Quoniam in furorem versus est.* (b) La envidia le degradará de su Divino nacimiento: y sus conciudadanos publicarán que no es mas que un hijo de Maria y de Joseph. Finalmente un falso zelo le quitará la eternidad de su duracion, y querrán apedrearle, solo por haberse atrevido á decir que era antes que Abraham.

Pero la opinion de los hombres nada mudará en la aparente obscuridad de su ministerio; él se manifestará, á la verdad, suficientemente para ser conocido de los Judios espirituales y fieles; sus obras, su doctrina, Moisés, los Profetas, las Divinas Escrituras darán testimonio de él. Y el que amase la verdad será imposible que no le conozca; pero no se manifestará suficientemente para evitar el desprecio de los Judios carnales; el resplandor de su ministerio será manifiesto al corazon humilde é inocente; con la obscuridad de su ministerio cegará la soberbia y la incredulidad: mezclará con él tinieblas, para recompensar la fe de los que han de creer, y la suficiente luz, para castigar la incredulidad de los que se han de negar á creerle.

¿De dónde pues proviene, Católicos, una conducta tan extraordinaria? ¿Por qué despues de haberse

Dios

(a) *Luc. c. 7. v. 49.* (b) *Marc. 3. v. 21.*

Dios ocultado por tantos siglos, se manifiesta por ultimo á los hombres de modo que no le conozcan? ¿Por qué no vendria con toda su gloria, si queria salvarnos, manifestandose á nosotros? Dejemos por ahora las razones que tuvo para ocultar su ministerio por no ser de nuestro asunto, las que nos hacen al caso son primeramente; porque queria enseñarnos á los que estamos encargados de la distribucion de su Evangelio, á no mudar cosa alguna de las ordenes de Dios en las funciones de nuestro ministerio, con pretexto de atraer mas facilmente á su palabra los votos de los hombres; á no creer que Dios es mas glorificado con la gloria que nos resulta á nosotros mismos; á no interesar al Señor, si es licito decirlo así, en nuestra propia causa; y para que no nos persuadamos á que ha unido el feliz suceso del Evangelio á los aplausos que recibe de nuestra boca. Las contradicciones que padece el Ministro son las mas veces toda la gloria, y toda la felicidad de su ministerio. Declaremos las verdades que nos ha confiado la Iglesia: no mezclemos con ellas nuestras opiniones, ni nuestros propios discursos: plantemos, reguemos, y dejemos al Señor que dé el incremento: su palabra nunca se volverá á él vacía, y será siempre, ó condenacion para el incredulo, ó consuelo para el fiel.

En segundo lugar. Quería enseñarnos, Católicos, que nunca deben los juicios humanos decidir en orden á nuestras obligaciones; que en lo que mira al servicio de Dios no debemos atender á lo que el mundo aprueba, sino á lo que Dios nos pide: que las censuras y las burlas son siempre la recompensa de la verdadera piedad; que no es posible agradar á los hombres, y ser siervo de Jesu-Christo; que el zelo que quisiera ganar para la virtud los votos públicos, no sería mas que una soberbia disfrazada que los pretenderia para sí misma; que toda la seguridad de los justos en la tierra con-

sis-

siste en la injusticia que con ellos usa el mundo; que el desprecio es el asilo mas seguro de su virtud; que no es este el tiempo de su manifestacion, y que no tendrán derecho de manifestarse hasta que parezcan con Jesu-Christo en su Gloria.

No obstante, si bien lo reflexionamos, por mas justos que seamos, siempre contamos mucho con los hombres; casi no vivimos sino para nosotros; nos interesa poco lo que somos á nuestra vista, y á la vista de Dios; solo parece que nos mueve y ocupa lo que somos á la vista de los hombres; y cuidando poco de nuestra perfeccion, todo nuestro cuidado se reduce á enriquecer esta idea chimerica de nosotros mismos, que existe en el espiritu de los demás, por lo que nunca nos sucede el preguntarnos á nosotros mismos lo que en la realidad somos, sino que continuamente estamos preguntando, qué piensan los demás de nosotros. De este modo toda nuestra vida es imaginaria y fantastica; aún el error que hace que nos tengamos por lo que no somos lisongea nuestra soberbia; nos dejamos llevar de las alabanzas que desconoce nuestro mismo corazon; tenemos por honor el engaño del público; y mas nos ensalzamos con el error que nos atribuye falsas virtudes, que lo que nos humillamos con la verdad que nos hace conocer nuestros defectos y nuestras verdaderas miserias.

El ultimo caracter de la soberbia es aquella ficcion de la vanidad que busca la fama aún en el mismo humillarse, que solo parece se abate á vista de los hombres, para que estos con sus aplausos la ensalcen mucho mas de lo que se habia humillado. Y á la verdad, Católicos, que casi no hay humildad sincera; no nos ocultamos sino para ser mas conocidos; no huimos de la gloria sino para que la gloria nos siga: no renunciarnos los honores sino para ser honrados; no sufrimos los desprecios sino quando nos resulta gloria

L 2

de

de ser despreciados. La soberbia tiene mil arbitrios imperceptibles aún á nosotros mismos , y no hay cosa mas rara que un abatimiento voluntario que solo se ordene á la humildad.

Este , pues , es el escollo que nos enseña á evitar el Verbo anonadandose en este Misterio. Revistese de la semejanza del pecado , pero para sufrir toda su verguenza ; se carga de nuestras iniquidades , pero para ser la víctima que satisfaga por ellas ; quiere ser tenido por un Samaritano , y por un enemigo de la Ley , pero para ser castigado como un engañador ; se oculta quando quieren reconocerle por Rey , pero es para morir como un esclavo. Los mas vergonzosos ultrages son la recompensa de sus abatimientos ; los hombres le desconocerán hasta el fin , y morirá con todo el merito de su humildad.

Pero nosotros , Católicos , si sufrimos con paciencia la calumnia es porque preveemos que la verdad la ha de confundir , y que ha de ceder en gloria nuestra : nos agradan las obras de humildad , porque no dá lugar nuestra clase á que se ignore que nos humillamos : nos gustan los oprobrios leves en que nuestra vanidad vé pronto el remedio ; y aún las almas mas fieles necesitan de algun otro atractivo que les suavice el desprecio , mas que el gusto de ser despreciadas : perdonamos , pero dando á conocer que somos los ofendidos , y que cedemos de nuestro derecho : nos adelantamos á reconciliarnos , pero no nos disgusta el que se sepa que solamente la piedad ha tenido parte en esta accion : hablamos bien de los que nos infaman , pero es por quitar todo el credito á sus calumnias. Finalmente , es cosa difícil el no buscarse á sí mismo ; y mucho mas en el abatimiento que en la elevacion , porque quanto mas parece que el hombre se olvida de sí , tanto mas cuida la soberbia de hacer que se busque á sí mismo.

Aver-

Avergoncemonos , pues , de nuestra flaqueza , Católicos ; miremos con frecuencia á nuestro exemplar ; adoremos las primeras disposiciones del alma santa del Verbo Encarnado en sus nuevos abatimientos : pensemos alguna vez en que la soberbia es casi nuestro unico delito , y que si pudieramos olvidarnos absolutamente de nosotros mismos , estariamos libres de mil manchas secretas que no conocemos , y que apartan á Dios de nuestro corazon ; reprehendamonos continuamente este monstruoso conjunto de nuestras miserias con nuestras vanidades ; este principio de corrupcion que sentimos en nosotros mismos , con estos deseos de gloria que tienen parte en nuestras obras : aquella ley de la carne que nos humilla , con aquellos pensamientos de elevacion que nos ensoberbecen. En una palabra , lo que somos , con lo que quisieramos parecer. Visto yá que despues del abatimiento de un Dios no hay cosa mas injusta para el hombre que el quererse ensalzar , escuchad ahora , como despues que un Dios anonadado se cargó de nuestros dolores y enfermedades , no hay cosa mas vergonzosa para el hombre que el buscar una vida descansada y feliz en la tierra.

SEGUNDA PARTE.

EL hombre en el estado de la inocencia debiera pasar una vida feliz y tranquila ; la tierra solo habia recibido su fecundidad para proveer á sus castas delicias ; sus sentidos no estaban destinados mas que á conducirle á la conservacion de su ser con impresiones suaves y agradables ; todas las criaturas debian servir á su felicidad , pues en la mente de su Autor todas habian sido destinadas para su uso ; y bajo el dominio de un Dios Justo , nada podia hacerle desgraciado , ni turbar sus placeres , mientras conservase su inocencia ; pero el hombre pecador nació para padecer ; todos